

Y ahora, el frente degolista se presenta como un movimiento. La incorporación de Edgar Faure —que fue presidente del Consejo por el partido radical y que luego «colaboró desde fuera» con el general; aun siendo ministro, mostró sus distancias— puede tener en ese sentido más importancia aún que la de Messmer, figura más bien decorativa en este caso. Faure es el presidente de honor del movimiento por el socialismo y la participación (MSP), grupo que se pretende de izquierda —y, como se ve, adopta la forma política de socialismo— y que es resultante de la fusión de la Unión de la Izquierda por la V República (no la confundamos con la nueva Unión de la Izquierda surgida del programa común de comunistas y socialistas), del Frente Laborista y de Democracia y Trabajo: es decir, los grupos de la izquierda dentro del degolismo. El núcleo principal sigue siendo la UDR, junto a grupos de derecha y centro, como Progreso y Democracia Moderna (PDM) y los republicanos independientes. Es decir, cubre un frente electoral muy amplio, segrega sus propias soluciones de recambio, incluye en su sistema algunas posibilidades de oposición propia, a la izquierda y a la derecha.

QUIZA en ese sentido se pueda hablar de un regreso al degolismo: en el de utilizar los temas de sus adversarios. Se decía que Lenin no toleraba a nadie a su izquierda; De Gaulle no toleró nunca a nadie a su izquierda, ni a su derecha; se situaba en un enorme centro, que ocupaba todas las gamas de la opinión pública, y cada vez que veía que un tema podía ser popular —como la retirada de la OTAN y la apertura hacia el Este o, mucho antes, el abandono de Argelia— lo adoptaba y lo hacía suyo sin importarle de qué partido procedía; lo asumía personalmente y dejaba en el vacío, sin tema de oposición, a quien lo había patrocinado. Luego, evidentemente, venía su propia digestión del tema. El abandono de la OTAN presentado por la izquierda comunista significaba, evidentemente, mucho más: significaba la rotura de la alianza con los Estados Unidos y la entrada en un neutralismo real, lo cual no estuvo nunca en la opinión del general, a pesar de la apariencia de sus desafíos a los Estados Unidos. Esta enorme capacidad de absorción y digestión de temas es la que ahora puede asumir todo un frente, hecho de agrupaciones distintas. El frente amplio de la derecha (incluyendo la izquierda de la derecha) frente a la Unión de la Izquierda, ratificada el domingo pasado por los partidos comunista y socialista. Una buena maniobra política. A condición de que resulte.

CON este nuevo gobierno, con la figura visible de Messmer como primero entre una serie de ministros que generalmente proceden del gobierno anterior, se trata de agrupar una mayoría burguesa, con miedo a las aventuras; una mayoría de pequeña clase media que, en cambio, aceptará de buen grado la aventura desde el poder, a condición de que se le ofrezca. Es decir, a condición de que no se presente el gobierno nuevo como un salto atrás, sino como una dinámica, como una serie de aperturas y posibilidades más «seguras» que las que presenta el programa de la izquierda. Que tendrá que esperar a que fracase esta posible experiencia para renovar su opción.

En la entrada del hotel Matignon, residencia oficial del primer ministro de Francia, asediados por los fotógrafos de prensa, Pierre Messmer y su antecesor en el cargo, Jacques Chaban-Delmas.



EL DESHIELO EN ASIA

Noticias de deshielo en Asia: las dos Coreas se aproximan, Filipinas modifica su constitución, Japón inicia negociaciones con China. Son modificaciones de antiguas posturas de guerra fría, relativamente comparables con las aperturas europeas, con el retraso producido por la guerra de Vietnam. A la guerra de Vietnam se le ve de alguna manera el fin —este jueves se reanudan las conversaciones de París: sin esperar demasiado de ellas, se dice que la delegación norvietnamita aporta propuestas nuevas, que ha expuesto ya en Moscú y en Pekín—; sobre todo, se ve que el gobierno de guerra de Saigón puede ser fácilmente abandonado por Washington, como ya sucedió en Pakistán durante su breve y desastrosa guerra de Bangla Desh; los gobiernos asiáticos prefieren buscar otras soluciones más acordes con las líneas de convivencia.

Tanaka, nuevo primer ministro japonés, sustituye a Sato, dimitido, que era un jefe de gobierno de guerra fría; Tanaka hace su apertura a Pekín, se le llama "el Willy Brandt del Japón" y mantiene una imagen liberal. No podrá liberar al Japón, evidentemente, del gran peso de la presencia americana; un peso que, por otra parte, ha servido para colocar al Japón en un tercer puesto mundial de producción industrial y para enviar sus productos al mundo entero, incluso a los Estados Unidos; pero sí conseguirá que el Japón se inserte cómodamente en el nuevo mundo de tres dimensiones (Estados Unidos-Unión Soviética-China) que se está lentamente inaugurando, aun a costa de romper sus tradicionales relaciones con la China del exilio, la de Formosa, amenazada ya por sus cuatro costados diplomáticos. Se dice que Formosa está también preparando su reconversión: con o sin Chiang Kai-Chek, intentaría un principio de acuerdo con Pekín, un "modus vivendi" o quizá un acuerdo de principio para la reunificación.

Es una noticia muy dudosa. Cosas más difíciles se han visto. El viaje de Nixon a Pekín era impensable hace unos años, quizá hace un solo año, y se ha producido. Más difícil aún era la posibilidad de que las dos Coreas buscaran un entendimiento, y hasta una posibilidad también de reunificación. El Norte lo ha intentado siempre, pero se ha encontrado con la oposición enérgica del Sur; mantenida por una parte por los Estados Unidos, por otra por el miedo de que la reunificación tendiera a hacerse a favor del régimen comunista del Norte. No hace más de un año se temía muy seriamente

que pudiera comenzar una nueva guerra de Corea que, simultánea a la de Vietnam, abriera un nuevo frente que ya no podrían cubrir los Estados Unidos. Los dirigentes de las dos Coreas han abierto ahora un diálogo —intermediarios, las Naciones Unidas y la Cruz Roja—, que, aparte de resolver algunas situaciones —como la de prisioneros mutuos— y enfocar la apertura de comunicaciones, establece unas bases que podrían conducir a una reunificación. Habrá mucho que negociar, mucho que decidir y que conceder por cada parte antes de que se llegue a esa reunificación; pero lo importante es que la tendencia se ha invertido: se ha pasado de la hostilidad abierta al diálogo y al cese de las agresiones verbales.

En Filipinas, las modificaciones constitucionales van en el sentido de democratizar la República. Filipinas tiene un gobierno presidencialista, que desde hace siete años —dos mandatos consecutivos de cuatro años cada uno— ejerce Fernando Marcos; se aproxima el final, y es ineluctable para un tercer mandato (el sistema es el mismo de Estados Unidos). Se trata ahora de cambiar la Constitución, de forma que el poder no sea del Presidente, sino de un jefe de gobierno que sería designado por un organismo legislativo integrado por una sola Cámara, ante la cual sería responsable y que podría negarle su confianza. Se ve fácilmente que es una forma por la cual Marcos podría prolongar su poder, sin ser Presidente; para evitarlo, se ha tratado de presentar una moción prohibiendo que en ese caso ni Marcos ni ninguna persona de su familia pudiera presentar su candidatura al puesto de jefe de gobierno, pero no ha sido aceptada. Aún teniendo en cuenta la maniobra y el alcance de la medida, que es el de prolongar una dictadura, la modificación constitucional, si se llega a aprobar, tenderá a cambiar las instituciones de forma que en el futuro o en un momento determinado pueda regresarse a una democratización del sistema.

Parece que, en general, ha llegado a Asia la ola, que es ya patente en todo el mundo, de cese de hostilidades, de aperturas, de sistemas dialogantes y liberales, de sustitución de hombres rígidos y duros por otros con imagen liberal y democrática. Es, naturalmente, muy exagerado hablar de una nueva era, pero sí se puede hablar de un nuevo estilo y de una manera más humana de abordar los problemas generales del mundo. Durará lo que dure. Pero ahora se está inaugurando. ■ J. A.